

LOPE DE VEGA, FÉLIX (1562-1635)

RIMAS- SONETOS

1

Versos de amor, conceptos esparcidos,
engendrados del alma en mis cuidados,
partos de mis sentidos abrasados,
con más dolor que libertad nacidos:

Expósitos al mundo, en que perdidos,
tan rotos anduvisteis y trocados,
que sólo donde fuisteis engendrados
fuéranse por la sangre conocidos.

Pues que le hurtáis el laberinto a Creta,
a Dédalo los altos pensamientos,
la furia al mar, las llamas al abismo,

si aquel áspid hermoso no os aceta,
dejad la tierra, entretener los vientos:
descansaréis en vuestro centro mismo.

2

Cuando imagino de mis breves días
los muchos que el tirano amor me debe,
y en mi cabello anticipar la nieve,
más que los años, las tristezas mías,

veo que son sus falsas alegrías
veneno que en cristal la razón bebe,
por quien el apetito se le atreve,
vestido de mil dulces fantasías.

¿Qué hierbas del olvido ha dado el gusto
a la razón, que sin hacer su oficio
quiere contra razón satisfacelle?

Mas consolarse quiere mi disgusto,
que es el deseo del remedio indicio,

y el remedio de amor querer vencelle.

3

Cleopatra a Antonio en oloroso vino
dos perlas quiso dar de igual grandeza,
que por muestra formó naturaleza
del instrumento del poder divino.

Por honrar su amoroso desatino,
que fue monstruo en amor como en belleza,
la primera bebió, cuya riqueza
honrar pudiera la ciudad de Nino.

Mas no queriendo la segunda Antonio,
que ya Cleopatra deshacer quería,
de dos milagros reservó el segundo.

Quedó la perla sola en testimonio
de que no tuvo igual hasta aquel día,
bella Lucinda, que naciste al mundo.

4

Era la alegre víspera del día,
que la que sin igual nació en la tierra,
de la cárcel mortal y humana guerra
para la patria celestial salía;

y era la edad en que más viva ardía
la nueva sangre que mi pecho encierra,
cuando el consejo y la razón destierra
la vanidad, que el apetito guía;

cuando Amor me enseñó la vez primera
de Lucinda en su sol los ojos bellos,
y me abrasó, como si rayo fuera.

Dulce prisión, y dulce arder por ellos,
sin duda que su fuego fue mi esfera,
que con verme morir descanso en ellos.

5

Sirvió Jacob los siete largos años,
breves, si el fin cual la esperanza fuera;
a Lía goza y a Raquel espera
otros siete después, llorando engaños.

Así guardan palabra los extraños:
pero en efecto vive, y considera
que la podré gozar antes que muera
y que tuvieron término sus daños.

Triste de mí, sin límite que mida
lo que un engaño al sufrimiento cuesta,
y sin remedio que el agravio pida.

Ay de aquel alma a padecer dispuesta,
que espera su Raquel en la otra vida,
y tiene a Lía para siempre en esta.

6

Al sepulcro de amor, que contra el filo
del tiempo hizo Artemisia vivir claro,
a la torre bellísima de Faro,
un tiempo de las naves luz y asilo;

al templo Efesio de famoso estilo,
al Coloso del sol, único y raro,
al muro de Semíramis reparo,
y a las altas Pirámides del Nilo;

en fin, a los milagros inauditos,
a Júpiter Olímpica, y al templo,
Pirámides, Coloso y Mauseolo;

y a cuantos hoy el mundo tiene escritos,
en fama vence de mi fe el ejemplo,
que es mayor maravilla mi amor solo.

7

Estos los sauces son, y ésta la fuente,
los montes éstos, y ésta la ribera,
donde vi de mi sol la vez primera
los bellos ojos, la serena frente.

Este es el río humilde y la corriente,
y ésta la cuarta y verde primavera,
que esmalta el campo alegre, y reverbera
en el dorado Toro el sol ardiente.

Árboles, ya mudó su fe constante;
mas, ¡oh gran desvarío!, que este llano,
entonces monte le dejé sin duda.

Luego no será justo que me espante
que mude parecer el pecho humano,
pasando el tiempo que los montes muda.

8

De hoy más las crestas sienes de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.

Lucinda en ti bañó su planta hermosa,
bien es que su dorado nombre heredes,
y que con perlas por arenas quedas
mereciendo besar su nieve y rosa.

Y yo envidiar pudiera su fortuna,
mas he llorado en ti lágrimas tantas,
(tú buen testigo de mi amargo lloro),

que mezclada en tus aguas pudo alguna
de Lucinda tocar las tiernas plantas,
y convertirse en tus arenas de oro.

9

Tu ribera apacible, ingrato río,
y las orillas que en tus ondas bañas,
se vuelven peñas cóncavas y extrañas,

y fuego tu licor sabroso y frío.

Abrase un rayo tu frescor sombrío,
los rojos lirios y las verdes cañas,
niéguente el agua sierras y montañas,
y sólo te acompañe el llanto mío.

Hasta la arena, que al correr levantas,
se vuelvan fieros áspides airados;
mas, ¡ay cuán vana maldición esperas!

Que cuando en ti mi sol baño sus plantas,
con ofenderla tú, dejó sagrados
lirios, orilla, arena, agua y riberas.

10

Cuando pensé que mi tormento esquivo
hiciera fin, comienza mi tormento,
y allí donde pensé tener contento,
allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo,
me trujo sangre el triste pensamiento;
los bienes que pensé gozar de asiento
huyeron más que el aire fugitivo.

Cuitado yo, que la enemiga mía,
ya de tibieza en hielo se deshace,
ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir, y ya se acerca el día,
que el mal en mi salud su curso hace
y, cuando llega el bien, es poco y tarde.

11

A don Luis de Vargas

Cuando la madre antigua reverdece,
bello pastor, y a cuanto vive, aplace,
cuando en agua la nieve se deshace
por el sol, que el Aries resplandece,

la hierba nace, la nacida crece,

canta el silguero, el corderillo pace;
tu pecho, a quien su pena satisface,
del general contento se entristece.

No es mucho mal la ausencia, que es espejo
de la cierta verdad o la fingida;
si espera fin, ninguna pena es pena.

¡Ay del que tiene por su mal consejo
el remedio imposible de su vida
en la esperanza de la muerte ajena!

12

A Micaela de Luján, su amante

Así en las olas de la mar feroces,
Betis, mil siglos tu cristal escondas,
y otra tanta ciudad sobre tus ondas
de mil navales edificio goces.

Así tus cuevas no interrumpen voces,
ni quillas toquen, ni permitan sondas;
y en tus campos tan fértil correspondas,
que rompa el trigo las agudas hoces.

Así en tu arena el indio margen rinda,
y al avariento corazón descubras
más barras que en ti mira el cielo estrellas.

Que si pusiere en ti sus pies Lucinda,
no por besarlos sus estampas cubras,
que estoy celoso, y voy leyendo en ellas.

13

A una tempestad

Con imperfectos círculos enlazan
rayos el aire, que en discurso breve
sepulta Guadarrama en densa nieve,
cuyo blanco parece que amenazan.

Los vientos, campos y naves despedazan;

el arco, el mar con los extremos bebe,
súbele al polo, y otra vez le llueve,
con que la tierra, el mar y el cielo abrazan.

Mezcló en un punto la disforme cara
la variedad con que se adorna el suelo,
perdiendo Febo de su curso el modo.

Y cuando ya parece que se para
el armonía del eterno cielo,
salió Lucinda, y serenose todo.

14

Vierte racimos la gloriosa palma,
y sin amor se pone estéril luto,
Dafne se queja en su laurel sin fruto,
Narciso en blancas hojas se desalma.

Está la tierra sin la lluvia en calma,
viles hierbas produce el campo enjuto;
porque nunca el amor pagó tributo,
gime en su piedra de Anaxarte el alma.

Oro engendra el amor de agua y de arenas;
porque las conchas aman el rocío
quedan de perlas orientales llenas.

No desprecies, Lucinda hermosa, el mío,
que, al trasponer del sol, las azucenas
pierden el lustre y nuestra edad el brío.

15

A la batalla de África

Oh nunca fueras África desierta
en medio de los trópicos fundada,
ni por el fértil Nilo coronada
te viera el alba cuando el sol despierta.

Nunca tu arena inculta descubierta
se viera de cristiana planta honrada,
ni abriera en ti la portuguesa espada
a tantos males tan sangrienta puerta.

Perdióse en ti de la mayor nobleza
de Lusitania una florida parte,
perdióse su corona y su riqueza.

Pues tú que no mirabas su estandarte,
sobre él los pies, levantas la cabeza
ceñida en torno del laurel de Marte.

XVI

De Endimión y Clicie

Sentado Endimión al pie de Atlante,
enamorado de la Luna hermosa,
dijo con triste voz y alma celosa:
¿En tus mudanzas quién será constante?

Ya creces en mi fe, ya estás menguante,
ya sales, ya te escondes desdeñosa,
ya te muestras serena, ya llorosa,

ya tu epiciclo ocupas arrogante.

Ya los opuestos indios enamoras,
y me dejas muriendo todo el día,
o me vienes a ver con luz escasa.

Oyole Clicie, y dijo: ¿por qué lloras?,
pues amas a la Luna que te enfría.
¡Ay de quien ama al Sol que sólo abrasa!

18

Píramo triste, que de Tisbe mira
teñido en sangre el negro manto, helose;
vuelve a mirar, y sin morir muriose,
esfuérsase a llorar, tiembla y suspira.

Ya llora con piedad y ya con ira;
al fin para que el alma en paz repose,
sobre la punta de la espada echose
y, sin partir el alma, el cuerpo espira.

Tisbe vuelve y le mira apenas, cuando

arroja el blanco pecho al hierro fuerte,
más que de sangre de piedad desnudo.

Píramo, que su bien mira espirando,
diose prisa a morir, y así la muerte
juntó los pechos, que el amor no pudo.

19

Pasando un valle oscuro al fin del día,
tal que jamás para su pie dorado
el sol hizo tapete de su prado,
llantos crecieron la tristeza mía.

Entrando en fin por una selva fría,
vi un túmulo de adelfas coronado,
y un cuerpo en él vestido, aunque mojado,
con una tabla, en que del mar salía.

Díjome un viejo de dolor cubierto:
Este es un muerto vivo, ¡extraño caso!
anda en el mar y nunca toma puerto.

Como vi que era yo, detuve el paso,
que aun no me quise ver después de muerto
por no acordarme del dolor que paso.

20

Si culpa el concebir, nacer tormento,
guerra vivir, la muerte fin humano,
si después de hombre tierra y vil gusano,
y después de gusano polvo y viento;

si viento nada, y nada el fundamento,
flor la hermosura, la ambición tirano,
la fama y gloria pensamiento vano,
y vano, en cuanto piensa, el pensamiento;

quien anda en este mar para anegarse,
¿de qué sirve en quimeras consumirse,
ni pensar otra cosa que salvarse?

¿De qué sirve estimarse y preferirse,

buscar memoria, habiendo de olvidarse,
y edificar, habiendo de partirse?

21

A Baco pide Midas que se vuelva
oro cuanto tocare, ¡ambición loca!
Vuelves en oro cuanto mira y toca,
el labrado palacio y verde selva.

A donde quiera que su cuerpo envuelva,
oro le ofende, y duerme en dura roca,
oro come, oro bebe, que la boca
quiere también que en oro se resuelva.

La muerte finalmente, su auricida,
triunfó de la ambición, y en oro envuelto
se fue secando hasta su fin postrero.

Así yo triste acabaré la vida,
pues tanto amor pedí, que en amor vuelto
el sueño, el gusto, de abundancia muero.

22

A sus dos niñas difuntas

Para tomar de mi desdén venganza,
quitome amor las niñas que tenía,
con que miraba yo, como solía,
todas las cosas en igual templanza.

A lo menos conozco la mudanza
en los antojos de la vista mía;
de un día en otro, no descanso un día;
del tiempo huye, lo que el tiempo alcanza.

Almas parecen de mis niñas puestas
en mis ojos, que baña tierno llanto,
¡oh niñas, niño amor, niños antojos!

Niño deseo, que el vivir me cuestas;
mas ¿qué mucho también que llore tanto,
Quién tiene cuatro niñas en los ojos?

23

Pruebo a engañar mi loco pensamiento
con la esperanza de mi bien perdido,
mostrándole en mil nubes escondido
un átomo no más de algún contento.

Mas él que sabe bien que cuanto intento
es apariencia de placer fingido,
se espanta de que estando al alma asido,
le engañe con fingir lo que no siento.

Le voy llevando de uno en mil engaños,
como si yo sin él tratase dellos,
siendo el mayor testigo de mis daños.

Pero siendo forzoso padecellos,
¡oh quién nunca pensase en desengaños,
o se desengañase de tenellos!

24

Del templo de la Fama en alta parte
vi diez, los que hasta ahora fueron nueve;
aquél por quien Apolo no se mueve
formaba un mármol excediendo el arte.

Con el rey de Sión estaba aparte
Gedeón, cuya gente en Achab bebe,
el que a rendir la tierra y mar se atreve,
y Arturo con el ánglico estandarte

Héctor, César, y Carlos con Gofredo,
que el gran sepulcro libertó de Cristo:
mas cuando entre los diez, para alabarlos,

reconocer el último no puedo,
oigo una voz que dijo: A los que has visto
dio luz, y quito fama el Quinto Carlos.

25

Antes que el cierzo de la edad ligera

seque la rosa que en tus labios crece
y el blanco de ese rostro, que parece
cándidos grumos de lavada cera,

estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en su beldad florece,
que con el tiempo se ama y se aborrece,
y huirá de ti quien a tu puerta espera.

No te detengas en pensar que vives,
oh Laura, que en tocarte y componerte
se entrará la vejez, sin que la llames.

Estima un medio honesto, y no te esquives,
que no ha de amarte quien viniere a verte,
Laura, cuando a ti misma te desames.

26

Despidiéndose de una dama porque amanecía

En el sereno campo de los cielos
entraba el sol, pisando las estrellas
sus caballos flamígeros, y de ellas
limpiando el manto de color de celos.

Ya cuando vive en últimos desvelos
pasaba de sus sueños a sus querellas,
sale la abeja entre las flores bellas,
las aves por el aire esparcen vuelos.

Vase en el mundo dilatando el día
en cercos de oro y arreboles rojos,
y en las hojas las perlas del rocío.

Mas cuando tan hermoso el sol salía,
anoheció para mis tristes ojos,
porque como él salió, se puso el mío.

27

Bien fue de acero y bronce aquel primero,
que en cuatro tablas confió su vida
al mar, a un lienzo y a una cuerda asida,
y todo junto al viento lisonjero;

quien no temió del Orión severo
la espada en agua de la mar teñida,
el arco doble al Austro, y la ceñida
obtusa luna, de nublado fiero;

el que fío mil vidas de una lengua
de imán tocada al Ártico mirando,
y entre líneas treinta y dos tres mil mudanzas.

pero más duro fue para su mengua,
quien puso, las que tienen contemplando,
en mar de una mujer sus esperanzas.

28

A un caballero llevando su dama a enterrar él mismo

Al hombro el cielo, aunque su sol sin lumbre
y en eclipse mortal las más hermosas
estrellas, nieve ya las puras rosas,
y el cielo tierra en desigual costumbre.

Tierra forzosamente pesadumbre,
y así no Atlante, a las heladas losas
que esperan ya sus prendas lastimosas,
Sísifo sois, por otra incierta cumbre.

Suplícoos me digáis, si amor se atreve
¿cuándo pesó con más pesar, Fernando,
o siendo fuego, o convertida en nieve?

Mas el fuego no pesa, que exhalando
la materia a su centro, es carga leve.
La nieve es agua, y pesará llorando.

29

Fue Troya desdichada y fue famosa,
vuelta en ceniza, en humo convertida,
tanto que en Grecia, de quien fue vencida,
está de sus desdichas envidiosa.

Así en la llama de mi amor celosa

pretende nombre mi abrasada vida,
y el alma en esos ojos encendida
la fama de atrevida mariposa.

Cuando soberbia y victoriosa estuvo,
no tuvo el nombre que le dio su llama;
tal por incendios a la fama subo.

Consuelo entre los míseros se llama,
¿que quien por las venturas no la tuvo,
por las desdichas venga a tener fama.

30

Muerte de Albania

¿A dónde vas con alas tan ligeras,
del hemisferio nuestro al tuyo opuesto,
divino sol en el Oriente puesto,
Dónde fuera más justo que nacieras?

Apenas te gozaron las riberas
del Tajo, a ser tu antípoda dispuesto,
cuando las cubres de ciprés funesto,
robando en ti sus verdes primaveras.

Los duros jaspes, los rebeldes bronces,
se ablandan escuchando mis enojos:
dime, pues ya te vas, si podré verte.

Así Fabio lloraba. Albania entonces
mirole, y quiso hablar, cerró los ojos,
y respondiolo lo demás la muerte.

31

Albania yace aquí, Fabio suspira,
matola un parto sin razón, dejando
la envidia alegre, y al amor llorando,
pues ya cualquiera fuerza le retira.

El Tajo crece por mostrar su ira
y corre de la muerte murmurando;
párase el sol, el túmulo mirando,

temiendo en sí, lo que en Albania mira.

Mas él, si se eclipsara, volver puede,
y Albania no, que de volver ajeno
a Fabio deja en el postrero parto.

venganza fue para que ejemplo quede
que quien fue basilisco en dar veneno,
muriese como víbora en el parto.

32

Si gasta el mar la endurecida roca
con el curso del agua tierna y blanda,
si el español, que entre los indios anda,
con largo trato a su amistad provoca;

si al ruego el áspid la fiereza apoca,
si el fuego al hierro la fiereza ablanda,
no yerra amor, cuando esperar le manda
un imposible a mi esperanza loca.

Que el tiempo que las rocas enternece,
indios, áspides, hierros, bien podría
sirviendo, amando cuanto amor concede,

por más que mi desdicha os endurece,
señora, enterneceros algún día,
que un inmortal amor todo lo puede.

33

A un loco favorecido por una dama

De la ignorancia en que dormí recuerdo
el tiempo que a la envidia tuve en poco,
pues a tenerla ahora me provoco
de los que viven fuera de su acuerdo.

Tú ganas sin sentir, sintiendo pierdo,
gozas tocando, imaginando toco;
dichoso loco, pues mereces loco
lo que jamás he merecido cuerdo.

Si es loco amor, ¿por qué soy yo tenido

por cuerdo?, y si soy cuerdo, ¿qué procura
amor con tanta fuerza en mi sentido?

Loco, pues me ganaste la ventura,
troquemos el discurso, o el vestido;
toma mi seso, y dame tu locura.

34

De este mi grande amor y el poco tuyo
no tengo culpa yo, tengo la pena,
que a tu naturaleza en todo ajena
juntarse dos contrarios atribuyo.

Este mi amor y tu desdén arguyo
de aquel humor que de una misma vena,
de dulce y agrio fruto el ramo enllena,
siendo una tierra, un agua, el tronco el suyo.

Veo la cera y veo el barro al fuego,
ésta ablandarse, aquél endurecerse,
que uno se rinde y otro se resiste.

Y con igual afecto miro luego,
siendo una causa amor para encenderse,
que si me enternecí, te endureciste.

35

Ardese Troya y sube el humo oscuro
al enemigo cielo, y entre tanto,
alegre Juno mira el fuego y llanto,
¡venganza de mujer, castigo duro!

El vulgo, aun en los templos más seguro,
huye cubierto de amarillo espanto,
corre cuajada sangre el turbio Xanto,
y viene a tierra el levantado muro.

Crece el incendio propio al fuego extraño,
las empinadas máquinas cayendo,
de que se ven ruinas y pedazos.

Y la dura ocasión de tanto daño,

mientras vencido Paris muere ardiendo,
del griego vencedor duerme en los brazos.

36

Suena el azote, corredor Apolo,
sobre el carro que a Géminis alinda,
que falta para ver a mi Lucinda,
de tu carrera un paralelo sólo.

Dafnes te espera en el opuesto polo,
que puede ser que su dureza rinda,
y a mí la imagen más hermosa y linda,
que ha visto el Panteón, ni el Mauseolo.

Si quieres ver, para que no te admires,
la razón que me esfuerza a que la quiera,
mira su rostro, aunque es grande osadía.

Mas ay, sol envidioso, no la mires,
que no llegando al Indio, que te espera,
harás eterno de esta ausencia el día.

37

Céfiro blando, que mis quejas tristes
tantas veces llevaste; claras fuentes,
que con mis tiernas lágrimas ardientes,
vuestro dulce liquor ponzoña hiciste;

selvas que mis querellas esparcites,
ásperos montes a mi mal presentes,
ríos, que de mis ojos siempre ausentes,
veneno al mar como tirano distes:

pues la espera de rigor tan fiero
no me permite voz articulada,
decid a mi desdén que por él muero.

Que si la viere el mundo transformada
en el laurel, que por dureza espero,
de ella veréis mi frente coronada.

Del Duque de Osuna y Conde de Ureña

El tiempo, a quien reviste el tiempo en vano,
llevó tras sí los griegos valerosos,
los Augustos, los Césares famosos
después de las reliquias del troyano.

Llevese con el griego y el romano
la gloria de los godos belicosos,
y aquellos españoles generosos,
origen claro del valor cristiano.

Apolo y Marte ociosos en la tierra,
íbanse al cielo, y vuestro abuelo santo
por tenerlos asioles de la ropa.

Dejáronle por irse en paz y en guerra
los dos Girones que hoy os honran tanto,
que dellos se vistió de gloria Europa.

A una dama que le echó un puñado de tierra

Como a muerto me echáis tierra en la cara;
yo lo debo de estar, y no lo siento,
que aun muerto en vuestro esquivo pensamiento
menos sentido que éste le bastara.

Vivo os juré que muerto os confesara
la misma fe; cumplí mi juramento,
pues ya después del triste enterramiento
ni cesa la afición, ni el amor para.

No sé si os pueda dar piadoso nombre,
oh manos, que enterráis al muerto amigo,
después que le mató vuestra hermosura.

Que es de ladrón fiel, ya muerto el hombre
no de piedad mas miedo del castigo,
darle en su propia casa sepultura.

40

Mis pasos engañados hasta ahora
por jardines hibleos y pensiles,
por pensamientos y esperanzas viles,
infancia noche, juventud aurora;

razón esclava, voluntad señora,
vistiendo mi virtud como a otro Aquiles,
me han traído caballos y sutiles,
a donde el alma sus engaños llora.

¡Oh pasos ciegos de mi edad perdida,
que en polvo, en humo, en sombra se convierte,
entrada triste y mísera salida!

El primero que di, ¡qué triste suerte!
ése me descontaron de la vida,
y le puso en sus límites la muerte.

41

Hermosos ojos, yo juré que había
de hacer en vos de mi rudeza empleo,
en tanto que faltaba a mi deseo
el oro puro que el Oriente cría.

Rústica mano de esta fuente fría
ofrece el agua; mas mirad que a Orfeo
versos le dieron singular trofeo
de aquella noche, que no ha visto el día.

Y pues que en la crueldad, que en toda parte
usáis conmigo, vuestro cuerpo tierno
puede temer la pena de Anaxarte,

no despreciéis el don, que al lago Averno
irá por voz mi amor, venciendo el arte,
mas tal hielo aun no teme el fuego eterno.

42

Dejadme un rato, pensamientos tristes,

que no me he de rendir a vuestra fuerza
si es gran contrario amor, amor me esfuerza
penad y amad, pues que la causa fuistes.

No permitáis, si de mi amor nacistes,
que la costumbre, que a volver me fuerza,
de mi firme propósito me tuerza,
pues en los desengaños me pusistes.

No queráis más que amar, amar es gloria,
no la manchéis con apetitos viles;
vencedme, y venceréis mayor victoria.

Si en Troya no hay traidor, ¿qué importa Aquiles?
¡Mas, ay que es mujer flaca la memoria,
y vosotros cobardes y sutiles!

43

A las ojeras de una dama

Ojos, por quien llamé dichoso al día
en que nací para morir por veros,
que por salir de noche a ser luceros,
cercáis de azul la luz que al sol envía.

Hermosos ojos, que del alma mía
un inmortal engaste pienso haceros
de envidia del zafir, que por quereros
entre cristal y rosa el cielo cría.

Ahora sí, que vuestras luces bellas
son de mi noche celestial consuelo,
pues en azul engaste vengo a vellas.

Ahora sí, que sois la luz del suelo,
ahora sí, que sois ojos estrellas,
que estáis en campo azul, color de cielo.

44

Que otras veces amé, negar no puedo,
pero entonces Amor tomó conmigo
la espada negra, como diestro amigo,
señalando los golpes en el miedo.

Mas esta vez, que batallando quedo,
blanca la espada y cierto el enemigo,
no os espantéis que llore su castigo,
pues al pasado amor, amando excedo.

Cuando con armas falsas esgrimía,
de las heridas traje en el vestido,
sin tocarme en el pecho, las señales.

Mas en el alma ya, Lucinda mía,
donde mortales en dolor han sido,
y en el remedio heridas inmortales.

45

Tened piedad de mí que muero ausente,
hermosas ninfas de este blando río,
que bien os lo merece el llanto mío,
con que suelo aumentar vuestra corriente.

Saca la coronada y blanca frente,
Tormes famoso, a ver mi desvarío,
así jamás te mengüe el seco estío
y esta montaña tu cristal aumente.

Mas, ¿qué importa que el llanto mío recibas,
si no vas a morir al Tajo, a donde
mis penas pueda ver la causa de ellas?

Tus ninfas en tus ondas fugitivas
y tu cabeza coronada esconde,
que basta que me escuchen las estrellas.

46

A la jornada de Inglaterra a bordo del «San Juan»

Famosa armada de estandartes llena,
partidos todos de la roja estola,
árboles de la Fe, donde tremola
tanta fámula blanca en cada entena;

selva del mar, a nuestra vista amena,
que del cristiano Ulises la fe sola

te saca de la margen española
contra la falsedad de una sirena:

id y abrasad el mundo, que bien llevan
las velas viento, y alquitrán los tiros,
que a mis suspiros y a mi pecho deban.

Segura de los dos podéis partiros,
fiad que os guarden, y fiad que os muevan:
tal es mi fuego, y tales mis suspiros.

47

Retrato mío, mientras vivo ausente,
guardad la puerta asido de la llave,
que haré a Guzmán que este bosquejo acabe,
con lo que me pusieron en la frente.

Laurel decía la engañada gente,
no le afrentéis con otra rama grave,
porque si Midas el remedio sabe,
la tierra no lo sufre ni consiente.

Mi bien es de las Indias combatido,
decid si el alma consintió en mi daño,
que el alma no la compra mortal precio.

Y pues Guzmán no os acabó el vestido,
yo os le daré por este desengaño,
aunque cualquiera desengaño es necio.

48

El pastor que en el monte anduvo al hielo,
al pie del mismo, derribando un pino,
en saliendo el lucero vespertino
enciende lumbre y duerme sin recelo.

Dejan las aves con la noche el vuelo,
el campo el buey, la senda el peregrino,
la hoz el trigo, la guadaña el lino,
que al fin descansa cuanto cubre el cielo.

Yo solo, aunque la noche con su manto

esparza sueño, y cuanto vive aduerma,
tengo mis ojos de descanso faltos.

Argos los vuelve la ocasión y el llanto,
sin vara de Mercurio que los duerma,
que los ojos del alma están muy altos.

49

Al Duque de Alba

Divino sucesor del nuevo Alcides,
que puso en Francia, Italia, África y Flandes
pirámides más altas y tan grandes
que fueron gloria de cristianos Cides.

Puesto que ahora, como tiernas vides,
de tus pasados en los troncos andes,
cuando esos brazos tan heroicos mandes
verá la Fama que sus pasos mides.

Tú que de aquellas águilas descienes,
que miraron del sol la excelsa llama,
serás el Fénix que hoy su fuego enciendes;

y entonces yo donde tu amor me llama
iré seguro, que mi bien pretendes,
y a sombra de tus hechos tendré fama.

50

Marcio, yo amé, y arrepentime amando
de ver mal empleado el amor mío;
quise olvidar, y del olvido el río
huyome como a Tántalo en llegando.

Remedios vanos sin cesar probando,
venció mi amor, creció mi desvarío;
dos veces por aquí pasó el estío,
y el sol nunca mis lágrimas secando.

Marcio, ausentéme, y en ausencia un día
miráronme unos ojos y mirelos;
no sé si fue su estrella, o fue la mía.

Azules son, sin duda son dos cielos,
que han hecho lo que un cielo no podía.
Vida me da su luz, su color celos.

51

A los Reyes de España

Las dos luces del mundo en mortal velo,
que España en forma de Latona cría,
solían dividir la noche y día,
nuestro polo español y el austro cielo.

Mas ya que un mismo amor y un justo celo
juntó sus almas, donde más podía,
por las esferas de su monarquía
caminan en un mismo paralelo.

Y así pasando por tu signo ahora,
como en oriente, de Castilla nacen,
Valladolid famosa y excelente,

ya tienes de su cielo, sol y Aurora;
da luz, da perlas, pues los dos te hacen,
Filipo cielo, Margarita oriente.

52

Entre aquestas columnas abrasadas,
frías cenizas de la ardiente llama
de la ciudad famosa, que se llama
ejemplo de soberbias acabadas;

entre éstas otro tiempo levantadas,
y ya de fieras deleitosa cama,
entre aquestas ruinas, que la fama
por memoria dejó medio abrasadas;

entre éstas ya de púrpura vestidas,
y ahora sólo de silvestres hiedras,
despojos de la muerte rigurosa,

busco memorias de mi bien perdidas,
y hallo sólo una voz, que entre estas piedras

responde: Aquí fue Troya la famosa.

53

Estando ausente de tus ojos bellos,
sus rayos me abrasaron, ¡caso extraño!
Y no fue sueño, ni parezca engaño,
que me abrasaron, aunque lejos de ellos.

Al sol los levantaste, y él con ellos
venció la luz de la mitad del año;
yo quise ver lo que era por mi daño,
y por mirar al sol, vi al sol en ellos.

Fue espejo el sol, el cual reverberando
en mí tus ojos con ardor tan nuevo
pudieron abrasar el alma mía.

Fue infierno el mundo, y fuego el aire blando,
el sol Faetón, yo etíope, tú Febo,
el norte incendio, y el ocaso día.

54

A Pedro Liñán

Liñán, el pecho noble sólo estima
bienes que el alma tiene por nobleza,
que, como vos decís, torpe riqueza
está muy lejos de comprar su estima.

¿A cuál cobarde ingenio desanima
segura, honesta y liberal pobreza,
ni cual por ver pintada la corteza
quiere que otro señor su cuello oprima?

No ha menester fortuna el virtuoso,
la virtud no se da ni se recibe,
ni en naufragio se pierde ni es impropia.

Mal haya quien adula al poderoso,
aunque fortuna humilde le derribe,
pues la verdad es premio de sí propia.

55

Cuando por este margen solitario
villano agricultor os trasponía,
verdes olmos, apenas yo sabía
qué fuese honesto bien, ni mal contrario.

Treinta veces el sol al Sagitario,
saliendo de la casa húmeda y fría
del Escorpión, tocó desde aquel día,
curso inmortal de su camino vario.

Crecisteis y crecí; vuestra belleza
fue mi edad verde, como ya a mis años
espejo vuestra rígida corteza.

Los dos sin frutos vemos sus engaños.
Mas ¡ay que no eran en vos naturaleza!
Perdí mi tiempo, lloraré mis daños.

56

Que eternamente las cuarenta y nueve
pretendan agotar el lago Averno,
que Tántalo del agua y árbol tierno
nunca el cristal ni las manzanas pruebe;

que sufra el curso que los ejes mueve
de su rueda Ixión por tiempo eterno,
que Sísifo llorando en el infierno,
el duro canto por el monte lleve;

que pague Prometeo el loco aviso
de ser ladrón de la divina llama,
en el Caúcaso que sus brazos liga;

terribles penas son, mas de improviso
ver otro amante en brazos de su dama,
si son mayores, quien los vio los diga.

57

Silvio en el monte vio con lazo estrecho

un nudo de dos áspides asidas,
que así enlazadas a furor movidas
se mordían las bocas, cuello y pecho.

Así dijo el pastor que están, sospecho,
en el casado yugo aborrecidas
dos enlazadas diferentes vidas,
rotas las paces, el amor deshecho.

Por dividir los intrincados lazos,
hasta la muerte de descanso ajenos,
alzó el cayado y prosiguió diciendo:

Siendo enemigos, ¿para qué en los brazos?
¿para qué os regaláis, y os dais venenos?
Dulce morir, por no vivir muriendo.

58

Dulce desdén, si el daño que me haces
de la suerte que sabes, te agradezco,
¿qué haré si un bien de tu rigor merezco?
pues sólo con el mal me satisfaces.

No son mis esperanzas pertinaces,
por quien los males de tu bien padezco,
sino la gloria de saber que ofrezco
alma y amor de tu rigor capaces.

Dame algún bien, aunque con él me prives
de padecer por ti, pues por ti muero,
si a cuenta de él mis lágrimas recibes.

¿Mas cómo me darás el bien que espero,
si en darme males tan escaso vives
que apenas tengo cuantos males quiero?

59

Al sol que os mira, por miraros miro,
que pienso que la luz de vos tomando,
en sus rayos la vuestra estoy mirando,
y luego de dos soles me retiro.

Águila soy, a salamandra aspiro,
este Dédalo amor me está animando,
pero anochece y como estoy llorando,
en el mar de mis lágrimas espiro.

Y como donde estoy sin vos no es día,
pienso cuando anochece, que vos fuistes
por quien perdió los rayos que tenía.

Porque si amaneció cuando le vistes,
dejándole de ver noche sería
en el ocaso de mis ojos tristes.

60

Quien dice que en mujeres no hay firmeza,
no os puede haber, señora, conocido,
ni menos el que dicen que han nacido
de un parto la crueldad y la belleza.

Un alma noble, una real pureza
de un cuerpo de cristal hicieron nido;
el mismo ser está con vos corrido,
y admirada de sí naturaleza.

Firme sois, y mujer, si son contrarios,
hoy vuestro pecho con victoria quede,
de que es sujeto que los ha deshecho.

Bronce, jaspe, metal, mármoles parios,
consume el tiempo; vuestro amor no puede,
que es alma de diamante en vuestro pecho.

61

Ir y quedarse y con quedar partirse,
partir sin alma e ir con alma ajena,
oír la dulce voz de una sirena
y no poder del árbol desasirse,

arder como la vela y consumirse,
haciendo torres sobre tierna arena,
caer de un cielo y ser demonio en pena,
y de serlo jamás arrepentirse;

hablar entre las mudas soledades,
pedir prestada sobre fe paciencia,
y lo que es temporal llamar eterno;

creer sospechas y negar verdades
es lo que llaman en el mundo ausencia,
fuego en el alma y en la vida infierno.

62

En las riberas del egipcio Nilo,
cuando los hombres desde lejos huele,
imitando sus quejas, llorar suele
con triste voz el falso cocodrilo.

Y tú que imitas su engañoso estilo,
quieres que con tu llanto me desvele,
pues cuando veo que mi mal te duele,
por ti llorando el corazón destilo.

Voy a tus manos, porque al fin me obliga
la vista de tus lágrimas traidoras,
blandas llamando, agradeciendo ingratas.

¡Oh fiera en condición, y en llanto amiga!
Si me quieres matar, ¿por qué no lloras?
Y si me has de llorar. ¿por qué me matas?.

63

Padre de los humanos, Amor ciego,
de quien nació la vida de dos vidas,
y por quien tantas fueron consumidas,
destierro de la paz y del sosiego.

Amor, que a un tiempo eres troyano y griego,
breve placer, tesoro del rey Midas,
divino ensalmador de tus heridas,
luna, que porque crece, mengua luego.

¿Por qué te llaman padre, si no eres
como Saturno que sus hijos come?
que en efecto aborreces lo que quieres.

Amor, pues no hay quien residencia tome
a la poca verdad de tus placeres,
mi muerte será Alcides que te dome.

64

Yo vi sobre dos piedras plateadas
dos columnas gentiles sostenidas,
de vidrio azul cubiertas, y cogidas
en un cendal pajizo y dos lazadas.

Turbéme y dije: ¡Oh prendas reservadas
al Hércules que os tiene merecidas,
si como de mi alma sois queridas
os viera de mis brazos levantadas!

Tanto sobre mis hombros os llevara,
que en otro mundo, que ninguno viera,
fijara del Plus Ultra los trofeos.

O fuera yo Sansón, que os derribara,
porque cayendo vuestro templo diera
vida a mi muerte y muerte a mis deseos.

65

Lucinda, yo me siento arder, y sigo
el sol que de este incendio causa el daño,
que porque no me encuentre el desengaño,
tengo el engaño por eterno amigo.

Siento el error, no siento lo que digo,
a mi yo propio me parezco extraño;
pasan mis años, sin que llegue un año
que esté seguro yo de mí conmigo.

¡Oh dura ley de amor! que todos huyen
la causa de su mal, y yo la espero
siempre en mi margen, como humilde río.

Pero si las estrellas daño influyen
y con las de tus ojos nací y muero,
¿cómo las venceré sin albedrío?

66

Al Serenísimo Archiduque

Canta la edad primera los amores,
nave sin lastre es el ingenio tierno,
flámulas, velas, jarcias sin gobierno,
campo sin fruto y con viciosas flores.

Mis juveniles lágrimas y ardores
pasaron con el sol, que al curso eterno
llevó la primavera, y al invierno
vuelve los pasos de mi edad mejores.

Yo seguiré tus armas, y la pluma
osaré levantar hasta tu espada,
aunque como otro Dédalo presuma;

y verá la región a España helada,
y el mar que en sangre teñirá su espuma,
de oro y laurel su frente coronada.

67

A su amante, Micaela de Luján

Yo no espero la flota, ni importuno
al cielo, al mar, al viento por su ayuda,
ni que segura pase la Bermuda
sobre el azul tridente de Neptuno.

Ni tengo hierba en campo, o rompo alguno
con el arado, en que el villano suda,
ni del vasallo, que con renta acuda,
provecho espero en mi favor ninguno.

Mira estas hiedras, que con tiernos lazos,
para formar sin alma su himeneo
dan a estos verdes álamos abrazos.

Y si tienes, Lucinda, mi deseo,
hálleme la vejez entre tus brazos,
y pasaremos juntos el Leteo.

68

De Jasón

Encaneció las ondas con espuma
Argos, primera nave, y sin temellas
osó tocar la gavia las estrellas
y hasta el cerco del sol volar sin pluma.

Y aunque Anfitrite airada se consuma,
dividen el cristal sus ninfas bellas,
y hasta Colchos Jasón pasa por ellas,
por más que el viento resistir presuma.

Más era el agua que el dragón y el toro,
mas no le estorba que su campo arrase
la fuerte proa entre una y otra sierra.

Rompiose al fin por dos manzanas de oro
para que el mar crüel no se alabase,
que por lo mismo se perdió la tierra.

69

Al conde don Thomas Porcey, mártir en Inglaterra

Como es la patria celestial colonia,
bien que el camino a los mortales agro,
ilustrísimo Conde, a quien consagro
los árboles de Apolo y de Tritonia,

fuiste contra la fiera Babilonia,
aunque cordero tierno por milagro,
nuevo, divino, heroico Meleagro
de la escocesa Silva Caledonia.

Ya muerto, otro Mercurio te contemplo,
que tomando las arnas y la espada,
despojos de tu noble mausoleo,

en defensa de Cristo y de su templo,
Julián y Babilonia derribada,
confiesen que ha vencido el Galileo.

Atada al mar Andrómeda lloraba,
los nácares abriéndose al rocío,
que en sus conchas cuajado el cristal frío
en cándidos aljófares trocaba.

Besaba el pie, las peñas ablandaba
humilde el mar, como pequeño río;
volviendo el sol la primavera estío,
parado en su cenit la contemplaba.

Los cabellos al viento bullicioso,
que la cubra con ellos la rogaban,
ya que testigo fue de iguales dichas.

Y celosas de ver su cuerpo hermoso
las nereidas su fin solicitaban,
que aun hay quien tenga envidia en las desdichas.

De Europa y Júpiter

Pasando el mar el engañoso toro,
volviendo la cerviz el pie besaba
de la llorosa ninfa, que miraba
perdido de las ropas el decoro.

Entre las aguas y las hebras de oro
ondas el fresco viento levantaba,
a quien con los suspiros ayudaba,
del mal guardado virginal tesoro.

Cayéronsele a Europa de las faldas
las rosas al decirle el toro amores,
y ella, con el dolor de sus guirnaldas,

dicen que, llenó el rostro de colores,
en perlas convirtió sus esmeraldas
y dijo: ¡Ay triste yo!, perdí las flores.

A una dama que tenía los ojos enfermos

Si estáis enfermos, dulces ojos claros,
no os espantéis, pues tantos os desean,
que no es posible, si dejáis que os vean,
que dejen de quereros o envidiaros.

Mis pensamientos no temiendo hallaros,
libres de la justicia se pasean;
como al sol, cuando nubes le rodean,
dicen mis ojos que podrán miraros.

Enfermos soles y nublados cielos,
hoy tomarán venganza mis enojos,
porque en la condición mudéis de estilo.

Si azules fuistes por matar con celos,
hoy como espada quedaréis, mis ojos,
que tienen de cortar gastado el filo.

73

A don Félix Arias Girón

Don Félix, si al amor le pintan ciego,
lo que no viera yo jamás lo amara;
si con alas veloces, ¿cómo para,
pues tengo entre mis lágrimas sosiego?

Si me ha consumido, ¿cómo es fuego,
no siendo fénix en el mundo rara?
y si es desnudo amor. ¿cómo repara
en que le vistan, o se cansa luego?

Pintarle como niño importa poco,
Luzbel se amó, y así fue amor nacido
antes que viese Adán del sol la lumbre.

Mejor fuera pintarle como a loco,
haciéndole a colores el vestido,
y no llamarle amor, sino costumbre.

74

Salió Faetón y amaneció el Oriente

vertiendo flores, perlas y tesoros;
pasó por alto del mar indio al moro
turbado de su luz resplandeciente.

Las montañas de nubes al poniente
iban subiendo y de la Libra al Toro,
cuando cayó, sembrando el carro de oro
del Eridano claro en la corriente.

Recibíole llorando la ribera,
de su temeridad castigo justo,
que tan alto subir tan bajo para.

Pero mísero de él, ¿dónde cayera,
si con freno de fuerza y no de gusto
la voluntad de una mujer guiara?

75

A la caída de Faetón

El cuerpo de Faetón Climene mira
orillas del Eridano arrojado,
en cuyo pecho mísero abrasado
aún dura el fuego de quien humo espira.

Y dice así: la tierra humilde mira,
hijo famoso, el pensamiento honrado
con que de las estrellas abrazado,
a gobernar la luz del cielo aspira.

Murmura en fin que en temerario alzaste
vuelo imposible al sol, de quien caíste,
cuyos rayos intrépido miraste.

Dirá que ciego y ambicioso fuiste,
pero no negará que confirmaste,
muerto en el cielo, que del sol naciste.

76

A Pedro Liñán de Rianza

Señor Liñán, quien sirve sin estrella
en átomos del sol quimeras hace,

pues cuanto más el duro yugo abrace
tanto más su fortuna le atropella.

De mí estoy cierto, que nací sin ella,
¿pues que porfía, el que sin ella nace?
La forma sin materia se deshace,
cantar no puedo en Babilonia bella.

Sin premio cosa injusta me parece
perder el tiempo, encanecer temprano,
ídolos de dosel, confuso abismo.

Dichoso vos, a quien el cielo ofrece
tabla en el mar, y en el profundo mano,
sirviendo a dueño que se da si mismo.

77

Rompe las conchas Hércules famoso
de la Hidra feroz y el campo esmalta
de veneno y de sangre, el tronco salta
por la violencia del bastón nudoso.

Pero súbitamente el escamoso
cuello brota en lugar de aquella falta
siete cabezas de cerviz más alta,
temblando el eco al silbo temeroso.

Así yo triste, que vencer deseo
esta sierpe cruel de mi fortuna
en tantas diferencias de batallas,

con más desdichas sin cesar pelea;
mas donde quiero remediar alguna,
resultan tantas que es mejor dejallas.

78

Al triunfo de Judit

Cuelga sangriento de la cama al suelo,
el hombro diestro del feroz tirano,
que, opuesto al muro de Betulia en vano,
despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano
del tronco horrible, convertido en hielo.

Vertido Baco, el fuerte arnés afea
los vasos y la mesa derribada;
duermen las guardas, que tan mal emplea.

Y sobre la muralla coronada
del pueblo de Israel la casa hebrea
con la cabeza resplandece armada.

79

Montes se ensalzan y dilatan ríos,
señora, entre los dos, mas por momento
vuelan a ti mis dulces pensamientos,
que dijera mejor mis desvaríos.

Por altas sierras, por extremos fríos
dejan atrás los animosos vientos,
aunque llevan consigo mis tormentos,
con ser tan graves los tormentos míos.

Si de mi vida con su luz reparte
tu sol los días, cuando verte intente,
qué importa que me acerque o que me aparte.

Donde quiera se ve su hermoso oriente,
pues, si se ve desde cualquier parte,
quien es mi sol no puede estar ausente.

80

Mis recatados ojos, mis pasiones,
más encogidas que mi amor quisiera,
mi fe, que en vuestras partes considera
la cifra de tan altas perfecciones;

el justo limitar demostraciones,
el mudo padecer que persevera,
la voluntad que, en siendo verdadera,

libra para las obras las razones;

todos, señora, os dicen que esperando
están de vos lo que el amor concede
a los que saben padecer callando.

Si el tiempo vuela y la fortuna puede,
no hay esperar como callar amando,
ni amor que calle que sin premio quede.

81

A una dama que dejaba lo que amaba por interés de lo que aborrecía

Clarinda, Amor se corre y no consiente
que Adonis llore y que se alegre Marte,
y que a naturaleza venza el arte,
negando el rostro lo que el alma siente.

Quien ama y disimula, o sufre, o miente,
con nuevo gusto el alma se reparte;
pero la fe, sin ella tiene parte,
es carácter que dura eternamente.

Ya es costumbre y no razón mudarse,
quien oro ha de medir lágrimas mida,
que con mayor valor pueden pesarse.

Venganza injusta fama infame pida,
que es dentro arderse y por de fuera helarse
bastardo efecto de verdad fingida.

82

A Lupercio Leonardo

Pasé la mar, cuando creyó mi engaño
que en él mi antiguo fuego se templara;
mudé mi natural, porque mudara
naturaleza el uso y curso el daño.

En otro cielo, en otro reino extraño
mis trabajos se vieron en mi cara,
hallando, aunque otra tanta edad pasara,
incierto el bien y cierto el desengaño.

El mismo amor me abrasa y me atormenta
y de razón y libertad me priva,
¿por qué os quejáis del alma que le cuenta?

¿Que no escriba decís, o que no viva?
Haced vos con mi amor, que yo no sienta,
que yo haré con mi pluma que no escriba.

83

A doña Laura de Guzmán

Verdad debe de ser que de la rama
de aquel laurel, cuya dureza admira,
Apolo fabricó la dulce lira
que fue de su dolor perpetua fama.

Pues ya desde el Parnaso, Laura, os llama
y desde el cielo enamorado os mira
para que le cantéis, mientras suspira,
como instrumento y parte de su dama.

Dafnes fue hermosa, pero hermosa y loca;
vos tan discreta para vuestro Apolo,
que al del cielo matáis de envidia y celos.

Y así de hoy más ser su laurel os toca,
que pues en todo sois sola, este solo
darán por premio al vencedor los cielos.

84

Con nuevos lazos, como el mismo Apolo,
hallé un cabello a mi Lucinda un día
tan hermosa, que al cielo parecía
en la risa del alba abriendo el polo.

Vino un aire sutil y desatolo
con blando golpe por la frente mía,
y dije a Amor que para qué tejía
mil cuerdas juntas para un arco solo.

Pero él responde: Fugitivo mío,
que burlaste mis brazos, hoy aguardo

de nuevo echar prisión a tu albedrío.

Yo triste que por ella muero y ardo,
la red quise romper, ¡qué desvarío!
pues más me enredo mientras más me guardo.

85

Si todas las espadas, que diez años
sobre Troya desnudas tuvo el griego,
si de Roma abrasada todo el fuego,
si de España perdida tantos años,

si el toro de metal, si los extraños,
caballos fieros de Diomedes ciego,
si todo el infernal desasosiego
tan libre de esperanzas y de engaños,

sufriese, ardiese, hiciese, atormentase,
despedazase, y siempre me tuviese,
y al dolor que padezco se igualase,

no es posible que el alma lo sintiese
o que, si lo sintiese y os mirase,
entre estas penas gloria no tuviese.

86

Quiero escribir y el llanto no me deja
pruebo a llorar y no descanso tanto
vuelvo a tomar la pluma y vuelve el llanto,
todo me impide el bien, todo me aqueja.

Si el llanto dura el alma se me queja,
si el escribir, mis ojos, y si en tanto,
por muerte o por consuelo me levanto,
de entrambos la esperanza se me aleja.

Ve blanco al fin, papel, y a quien penetra
el centro de este pecho que me enciende,
le di, si en tanto bien pudieras verte,

que haga de mis lágrimas la letra,
pues ya que no lo siente, bien entiende

que cuanto escribo y lloro todo es muerte.

87

Desde esta playa inútil y desierto
a donde me han traído mis antojos,
mirando estoy el mar de mis enojos,
la cierta muerte y el camino incierto.

La tierra opuesta del amigo puerto,
sobre las rotas barcas y despojos
me muestra el cuerpo y los difuntos ojos
del joven Ifis por sus manos muerto.

Veo mi muerte dura y rigurosa,
de quien ningún humano se resiste,
y veo el lazo que mi cuello medra,

y a vos, dura Anaxarte, victoriosa,
de quien me vengue el cielo; mas ¡ay triste!
¿qué castigo os dará, si ya sois piedra?

88

A una dama que consultaba astrólogos

Deja los judiciarios lisonjeros,
Lidia, con sus aspectos intrincados,
sus opuestos, sus trinos, sus cuadrados,
sus planetas benévolos o fieros,

las hierbas o caracteres ligeros
a Venus vanamente dedicados,
que siempre son sus dueños desdichados,
y recíproco amor, cuando hay Anteros.

Sin duda te querrán, si eres hermosa;
la verde edad es bella geomancia,
si sabes, tú sabrás, si eres dichosa.

Toma un espejo al apuntar del día;
y, si no has menester jazmín ni rosa,
no quieras más segura astrología.

Añorando a Micaela de Luján, su amante

Cubran tus aguas, Betis caudaloso,
 las galeras de Italia y españolas;
 de Sevilla a Triana formen solas
 por una y otra margen puente hermoso.

Las naves indias, con metal precioso
 más hinchadas que de aire sus ventolas,
 tu pecho opriman libre de las olas
 del mar en la Bermuda riguroso.

Apenas des lugar para los barcos,
 y en el mejor Lucinda sin memoria
 honre tus fiestas con igual presencia.

Diviértase en tus salvas, triunfos, y arcos,
 mientras que tengo yo por mayor gloria
 peñas del Tajo y soledad de ausencia.

El Conde Lemos

La antigua edad juzgó por imposibles
 tres cosas celebradas en el mundo,
 o hallar jamás artífice segundo
 a quien segunda vez fuesen posibles;

la clava, con que Alcides tan horribles
 monstruos venció en la tierra y el profundo,
 de Júpiter el rayo furibundo
 y los versos de Homero inaccesibles.

Otras tres hay en nuestra edad presente:
 las hazañas de Carlos soberano,
 del nuevo Salomón el nuevo templo;

y vuestros versos, Conde, en cuya fuente
 resplandece el laurel ingrato en vano,
 que no teniendo igual sirve de ejemplo.

911

No me quejara yo de larga ausencia
sí como todos dicen fuera muerte;
mas pues la siento, y es dolor tan fuerte,
quejarme puedo sin pedir licencia.

En nada del morir tiene apariencia,
que si el sueño es su imagen, y divierte
la vida del dolor, tal es mi suerte
que aun durmiendo no he visto su presencia.

Con más razón la llamarán locura,
efecto de la causa y accidente,
si el no dormir es el mayor testigo.

Oh ausencia peligrosa y mal segura,
valiente con rendidos, que un ausente
en fin vuelve la espalda a su enemigo.

92

Sufre la tempestad el que navega,
el enojoso mar y el viento incierto
con la esperanza del alegre puerto,
mientras la vista a sus celajes llega.

En la Libia calor, hielo en Noruega,
de sangre, de armas y sudor cubierto,
sufre el soldado; el labrador despierto
al alba, el campo cava, siembra y riega.

El puerto, el saco, el fruto, en mar, en guerra,
en campo, al marinero y al soldado
y al labrador anima y quita el sueño.

Pero triste de aquel que tanto yerra,
que en mar y en tierra helado y abrasado
sirve sin esperanza ingrato dueño.

93

De Pompeyo y César

Cuando del mundo universal las llaves
tuviste, y sus cabezas humilladas,
rendido Mitridates, y alcanzadas
tantas victorias y tres triunfos graves,

¿quién dijera, ¡oh Pompeyo!, que las naves
en las peñas del Nilo quebrantadas
quemaran tus reliquias, arrojadas
a los peces y de ellas a las aves?

Y a ti. César dichoso, que en Farsalia
por la toga trocaste el blanco acero,
todos los enemigos sosegados,

¿quién te dijera, gobernando a Italia,
tu amargo fin, a no saber primero
que no se pueden resistir los hados?

94

Este mi triste y miserable estado
me ha reducido a punto tan estrecho,
que cuando espero el bien, el mal sospecho,
temiendo el mal, del bien desconfiado.

El daño me parece declarado
y entre mil imposibles el provecho,
propios efectos de un dudoso pecho,
cobarde al bien y al mal determinado.

Deseo la muerte para ver si ella
halla tan grave mal el bien extremo;
mas quien por bien la tiene no la alcanza.

Quién la pasara ya por no temella,
que estoy tal de esperar, que menos temo
la pena del morir que la tardanza.

95

Sosiega un poco, airado temeroso,
humilde vencedor, niño gigante,
cobarde matador, firme inconstante,
traidor leal, rendido victorioso.

Déjame en paz, pacífico furioso,
villano hidalgo, tímido arrogante,
cuerdo loco, filósofo ignorante,
ciego lince, seguro cauteloso.

Ama, si eres Amor, que si procuras
descubrir con sospechas y recelos
en mi adorado sol nieblas oscuras,

en vano me lastimas con desvelos;
trate nuestra amistad, verdades puras,
no te encubras, Amor, di que eres celos.

96

De Leandro

Por ver si queda en su furor deshecho
Leandro arroja el fuego al mar de Abido,
que el estrecho del mar al encendido
pecho parece mucho más estrecho.

Rompió las sierras de agua largo trecho,
pero el fuego, en sus límites rendido,
del mayor elemento fue vencido
más por la cantidad que por el pecho.

El remedio fue cuerdo, el amor loco,
que como en agua remediar espera
el fuego, que tuviera eterna calma,

bebiose todo el mar, y aún era poco;
que si bebiere menos no pudiera
templar la sed desde la boca al alma.

98

Tristezas, si al hacerme compañía
es fuerza de mi estrella y su aspereza,
vendréis, a ser en mí naturaleza,
y perderá su fin vuestra porfía.

Si gozar no merecen de alegría
aquellos que ni saben qué es tristeza,

¿cuándo se mudará vuestra firmeza?
¿cuándo veré de mi descanso el día?

Sola una gloria os hallo conocida,
que si es el fin el triste sentimiento
de las alegres horas de esta vida,

vosotras le tendréis en el contento,
mas, ¡ay!, que llegaréis a la partida
y llevarase mi esperanza el viento.

97

A don Luis de Vargas Manrique

Conteniendo el Amor y el Tiempo un día
señor don Luis, sobre su fiero estrago,
la destrucción de Roma y de Cartago,
el viejo en voz cansada repetía:

(Amor con vanas fábulas quería
cifrar en muerte su fingido halago;
y en Troya, cuando fue sangriento lago,
las cenizas de Helena revolvía.)

Bien sabes replicó por pasatiempo
al ignorante niño el viejo sabio,
que con sola una ausencia te enflaquezco.

Pidió un testigo Amor, trújome el Tiempo;
yo juré que en un hora, habiendo agravio,
no sólo sé olvidar, pero aborrezco.

99

Perderá de los cielos la belleza,
el ordinario curso, eterno y fuerte;
la confusión, que todo lo pervierte,
dará a las cosas la primer rudeza.

Juntáranse el descanso y la pobreza,
será el alma inmortal sujeta a muerte,
hará los rostros todos de una suerte
la hermosa en variar naturaleza.

Los humores del hombre reducidos
a un mismo fin se abrazarán concordes,
dará la noche luz y el oro enojos.

Y quedarán en paz eterna unidos
los elementos, antes aquí discordes,
antes que deje de adorar tus ojos.